

Cien años del Alcántara



Augusto Ferrer Dalmau

Tomas Torres Peral
Comandante de Caballería
Sección de Pensamiento y Moral Militar
Academia de las Ciencias y Artes Militares

Julio de 2021

En este mes de julio de 2021 se cumplen cien años del desastre de Annual, donde el Regimiento de Caballería Alcántara 14, de guarnición en Melilla, se cubrió de gloria en el cumplimiento de su deber. Hay una excepcional unanimidad entre los historiadores al reconocer que en aquella tragedia hubo una unidad militar que en una memorable acción brilló con luz propia. Consistió en la protección de la retirada del resto de las fuerzas propias, llevada a cabo por dicho Regimiento de Caballería bajo las órdenes directas del teniente coronel Don Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, quien perdió la vida en esa acción junto con la casi totalidad de los miembros de dicho regimiento y quien, hasta el último momento, estuvo al frente de su unidad, ejerciendo el mando de manera ejemplar.

El historiador inglés Niall Ferguson inicia su obra *El Imperio Británico* preguntándose si el Imperio fue históricamente algo positivo o negativo, tanto para la metrópoli como para las colonias. La respuesta hoy día sigue siendo muy controvertida, aunque en la actualidad existe un amplio sector de la población que considera que la existencia del Imperio Británico fue algo perjudicial, incluso para

los propios británicos, siendo extensible esa opinión para cualquier otro imperio colonial.

Sin embargo, el análisis de un hecho histórico descontextualizado resulta impreciso. Un siglo más tarde, resulta fácil criticar el colonialismo español en Marruecos, y puede que fuera un error acometer la responsabilidad del Protectorado, dada la situación de España a principios del siglo pasado. No obstante, hay que señalar que, en aquellos tiempos, sobre todo desde la Conferencia de Berlín de 1885, no se era nadie en el concierto mundial si, a su vez, no se era potencia colonizadora. Aquella época fue de expansionismo colonial y, aunque a esa fecha, España venía de la pérdida del Imperio Español, teniendo una dilatada hoja de servicios en ese aspecto, la frustración nacional que se vivía por la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas tras la guerra con los EE.UU quizá quiso superarse, con el Protectorado de Marruecos establecido en 1912 y que duró hasta 1956, año del fin del protectorado francés y español y de la independencia de Marruecos, aunque a efectos prácticos no se completó hasta 1962. Medio siglo de Protectorado español que no puede ponerse en entredicho por los 5 años de la guerra de 1921-1926 contra la autoproclamada República del Rif Libre.

Para mayor aliciente en pro de la acción de España en Marruecos, Inglaterra quería impedir a toda costa tener a Francia frente a las costas de Gibraltar y prefería, por evidentes razones, la presencia de España. En todo caso, el establecimiento del Protectorado en el Norte de Marruecos dejaba de ser una cuestión unánime en la sociedad española, teniendo muchos detractores, y es que, ciertamente, España no estaba para mayores aventuras coloniales.



El desastre de Annual no fue solo un desastre militar, que lo fue, sino una tragedia de toda España, especialmente de sus dirigentes. Mucho se ha escrito sobre Annual, siendo uno de los episodios de la reciente historia militar que mas literatura ha generado, sin embargo, son muchos menos los estudios sobre las responsabilidades políticas del colapso de la Comandancia General de Melilla en el verano de 1921.

La inestabilidad política de la época no era lo más propicio para tutelar un Protectorado. Nos cuenta Juan Pardo en su *Historia Secreta de Annual* que el Alto Comisario de España en Marruecos, Gómez Jordana, en cuatro años soportó ocho

gobiernos: Dato, Romanones, García Prieto, Dato otra vez, García Prieto de nuevo, Maura, García Prieto por tercera vez y Romanones, incluyendo en el lote diez ministros de la Guerra, nueve de Marina, nueve también de Gobernación, diez de Fomento, otros nueve de Estado y diez de Hacienda. Estos cincuenta y siete ministros tenían todos Jurisdicción sobre el Alto Comisario. La descoordinación, cuando no el caos, estaba asegurada.

Por otro lado, el empeño del gobierno español en Marruecos no se correspondió con la prestación al Ejército de los medios materiales, armamento, equipo y recursos humanos para emprender la acción en el Protectorado con las suficientes garantías de éxito. En concreto, hubo una evidente carencia de dinero y de equipo para las inversiones en infraestructuras necesarias para la ocupación del terreno y, muy especialmente, para asegurar las comunicaciones terrestres por el Protectorado.

La «activad protectora» de España resultaba enormemente dificultada, no solo por la escasez de medios, sino que, además, se optó por una ocupación militar frente a otras formas, como hizo EEUU en Filipinas, que trasladó a Manila dos barcos con maestros para llevar a cabo su proceso de culturización, aunque es cierto que, para ello, el territorio tenía que estar previamente pacificado. Julio Albi en su obra *El Alcántara 1921*, considera que nuestra ocupación militar se hizo «despreciando el concepto de Protectorado». Este asunto está en controversia, pues el Sultán de Marruecos autorizó con su firma a Francia y España la ocupación militar del protectorado a los efectos de proporcionar seguridad y estabilidad.

Además, la ocupación entrañaba serias dificultades porque la orografía del Ri y la Yebala no era nada propicia y, para mayor complicación, el rifeño y el yebalí estaba acostumbrado a no reconocer más autoridad que la propia de los caídes de sus tribus y, por añadidura, tenía fama de ser un buen guerrero, dado su carácter frugal y austero, que soportaba con rudeza las privaciones y las fuertes inclemencias del tiempo.

Una obra escrita hace cien años *Marruecos la tragedia prevista* de Francisco Gómez Hidalgo analiza las causas, fundamentalmente políticas, del Desastre de Annual, señalando que, en aquellos momentos, «para ser colonizadores, España no tenía jerarquía de metrópoli, y el Norte de África no era tierra propicia a la sumisión» llegando a ser profética su obra manifestando que «el historiador que dentro de un siglo se asome a la España de nuestros días, encontrará el problema de Marruecos como uno de nuestros problemas fundamentales». Y lo sigue siendo hoy día. Desgraciadamente, hechos recientes lo ratifican.

Si los errores políticos fueron graves, los errores militares no se quedaron atrás, la rápida penetración de las unidades militares en la zona Este del protectorado sin

consolidar el terreno conquistado, llegando al límite la elasticidad del despliegue; la cantidad de posiciones –la mayoría de escasa entidad militar– dividieron innecesariamente las fuerzas; la ubicación de las posiciones, muchas de ellas sin valor militar alguno; la escasez de provisiones de boca y fuego; la dificultad de las aguadas; la mezcla de unidades heterogéneas; la falta de un plan logístico adecuado; la ausencia de unas reservas suficientes con la necesaria movilidad, son entre otros, algunos de los muchos errores militares, que sumados a los políticos, nos llevaron al desastre. Hay que tener en cuenta, no obstante, que la política del gobierno desde 1913 a 1921 fue de expansión pacífica para atraerse el apoyo de las Kabilas. Es decir, antes de la ocupación de una posición, se enviaba a oficiales de la Policía Indígena para negociarla con los caídas a cambio de ayuda, dinero, protección etc. Es por ello que el valor militar de la posición no era el más importante. De hecho, Annual es una depresión del terreno solo válida como base logística.

Sin que constituya una eximente, hay que considerar que desastres coloniales los han tenido todos los ejércitos del mundo, porque la acción colonizadora ha estado jalonada con enormes dificultades militares, no siempre salvables con éxito. El ejército inglés en Afganistán, el francés en Indochina, el alemán en Lulago, Tanzania, o el americano en Vietnam, son ejemplos de ello.

Dar el Quebdani, Abarrán, Igueriben, Annual, Sidi Dris, Ben Tieb, Dar Drius, Batel, Monte Arruit, Zeluan y Nador son tantas posiciones como fracasos, aunque no exentos de heroicidades individuales, hubo muchas cobardías ignominiosas. Fue el derrumbe como en un castillo de naipes de una línea de posiciones donde el pánico por una retirada desordenada, una huida desorganizada, una desbandada sin control, llevaron a soldados y oficiales al desastre. El expediente Picasso da buena cuenta de ello.



En medio del desastre, y junto a acciones de un heroísmo extraordinario de algunas unidades, luce con luz propia el Regimiento de Caballería de Cazadores de Alcántara número 14. «La única unidad militar que pudo resistir los envites y continuar la lucha durante todo el desastre fueron los Cazadores del Alcántara al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera», nos cuenta el norteamericano David S. Wollman en *Abd el-Krim y la guerra del RIF*. El Alcántara, sin embargo, como tal unidad orgánica desapareció; fue aniquilado –más de 550

muertos sobre unos 700 y el resto heridos o prisioneros– en el cumplimiento de su deber después de un memorable e interminable día del 23 de julio, que empezó a las seis de la mañana protegiendo la retirada de las posiciones próximas a Dar Drius, volviendo a las 11 de la mañana, pero saliendo de inmediato para evitar la masacre de la columna que abandonaba Chief, pero que fue evitada por el inconmensurable esfuerzo del regimiento y su teniente coronel. Al regresar a su base, conocen la noticia de la crítica situación que sufre una columna de heridos y enfermos, por lo que el regimiento vuelve a salir para despejar el camino, teniendo que cargar sobre el cauce seco del río Igan. El regimiento no descansa, los jinetes y caballos están agotados, rendidos, pero la lucha continúa durante todo el día, donde se terminó combatiendo a pie por pérdida de los caballos reventados por el esfuerzo o por los disparos de los rifeños. El diario inglés *The Times*, en un artículo publicado el 22 de agosto de 1921, calificó las cargas del Regimiento Alcántara como épicas. El coronel Bellido Andreu lo describe con todo lujo de detalles en *El Alcántara, en la retirada de Annual*.



Resulta doloroso comprobar que en España se conozcan más las dudosas gestas de la Caballería extranjera que las heroicidades de la propia. Como ejemplos, se pueden señalar la Carga de la Brigada Ligera en Balaclava, y la batalla de Little Big Horn del Séptimo de Caballería, al mando del teniente coronel Custer. Entristece, aún más, cuando se constata que dichas acciones fueron de muy dudosa ortodoxia militar, cuando no trágicos errores de inexpertos e incapaces jefes militares como Lord Cardigan y su cuñado e inmediato superior, Lord Lucan. «Individualmente, ninguno de los dos estaba capacitado para el puesto que ocupaba; juntos eran un desastre», señala el capitán y psicólogo inglés Norman F. Dixon en su magnífico

libro *Sobre la psicología de la incompetencia militar*. Ambos eran resultado del sistema «*purchase*», medio por el que se adquirirían en el ejército inglés los mandos de regimiento pagándolos con dinero contante y sonante. Ninguno de los dos tenía la más mínima experiencia en combate, ni idea de ello. Un poema del poeta Tennyson en la Inglaterra victoriana transformó el desastre en una epopeya, y una película de Errol Flynn en 1936 hizo el resto. El impulsivo Custer, quien también tuvo sus películas, tampoco se salva de las críticas. Son bien conocidos los errores que le llevaron al inútil sacrificio de su unidad: rechazó refuerzos, dividió sus fuerzas ante el enemigo, se negó a dotarse de armas pesadas, sobrevaloró sus propias fuerzas y, cómo no, error frecuente en los vencidos, minusvaloró a su enemigo. A pesar de los errores e incompetencia de sus jefes, no puede negarse la valentía y destreza de los jinetes en ambas acciones, razón por la que se puede hablar de auténticos errores, aunque valientemente ejecutados, pero errores, al fin y al cabo. Los tres reciben dura, pero justificada, crítica por parte de Stefano Malatesta en *La vanidad de la Caballería*.

Sin embargo, es unánime la favorable crítica de la acción del Regimiento de Caballería Alcántara y de su teniente coronel: un sacrificio ejemplar magníficamente realizado en beneficio del resto de las fuerzas propias. Una heroicidad conscientemente ejecutada y magníficamente dirigida. La protección de la retirada de un ejército que retrocede es una de las misiones típicas de la Caballería que, lamentablemente, suele costarle su propia existencia.



El sacrificio del Alcántara llegó al extremo de sufrir un número de bajas superior al 90% del total de la unidad, siendo la más alta jamás conocida de un regimiento de Caballería europeo. De 33 jefes y oficiales solo sobrevivieron 7, y únicamente uno ileso. De 24 suboficiales murieron 20, de 67 cabos únicamente se salvaron 9, y así, en todos los empleos: trompetas, herradores y soldados.

Se da la circunstancia de que el porcentaje de baja de jefes y oficiales fue superior al de la tropa, lo que acredita, sin lugar a duda, que los cuadros de mando del Alcántara lucharon al frente de sus subordinados dando ejemplo con su conducta, lo que pone en valor aquel aforismo militar que proclama «*no hay mala tropa sino malos jefes*». Ya lo decía Quevedo:

Cuánto es más eficaz mandar con el ejemplo que con mandato.
Más quiere llevar el soldado, los ojos en las espaldas de su capitán,
que tener los ojos de su capitán a sus espaldas.
Lo que se manda, se oye.
Lo que se ve, se imita.

Son frecuentes los estudios sobre Annual y el Regimiento Alcántara desde un punto de vista histórico, no faltando la literatura épica, pero son muchos menos los textos que analizan las posibles causas del ejemplar comportamiento de los componentes de esta unidad, más allá de la entrega, generosidad y valor puestos de manifiesto de forma superlativa. La circunstancia apuntada del mayor índice de bajas de jefes y oficiales que de tropa, nos puede señalar por dónde van las cosas.

En efecto, la actuación del Regimiento Alcántara en Annual puso de manifiesto una «gran cohesión y disciplina», sin que se hubiera tenido conocimiento de



Teniente Coronel Primo de Rivera

desobediencia o desacato entre los miembros del regimiento. No se dio ningún caso de desertión o abandono de las filas aprovechando el desconcierto generalizado, cosa que hubiera resultado bien sencilla para aquel que a caballo hubiera querido huir a Melilla o a la zona francesa del protectorado. Ello, seguramente, fue debido al ejemplo dado por los jefes del regimiento en todos los escalones del mando.

Sin embargo, en una unidad militar, no todo es arrojo y valor, ni todo es ejemplo y disciplina. En la acción del

Alcántara, sin duda, hubo conocimiento y capacidad operativa, ya que la misma no hubiera sido posible sin un altísimo grado de instrucción y dominio de las habilidades del jinete, demostrando todos ellos una indiscutida destreza en el manejo del caballo y de las armas, sobre todo teniendo en cuenta que la tropa era de reemplazo, y muchos de ellos ajenos al mundo de la equitación. El teniente de Infantería Gilaberte declaró en el expediente Picasso «lo que veíamos desde Drius era un espectáculo de instrucción táctica, como si nada anormal sucediera».

El Alcántara mantuvo la formación en todo momento hasta su destrucción como unidad, y desde el teniente coronel hasta el último trompeta –que murieron todos– sin excepción, se mantuvieron unidos e integrados en la unidad, incluidos los veterinarios y el capellán Don José Campoy Irigoyen, dando todos ellos ejemplo de una extraordinaria conducta frente al enemigo. Nada de esto hubiera sido posible sin la adecuada instrucción previa del Regimiento.



Don Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, a quien no se le conocían vínculos políticos, era hermano del dictador Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, tío del fundador de Falange José Antonio Primo de Rivera y sobrino del que fue capitán general en Filipinas que propició la paz de Biac-na-Bató. Un hijo suyo, teniente de Caballería, murió en la guerra civil.

Don Fernando nació en 1879 en el número 41 de la jerezana calle Francos, estudió en el Colegio San Luis de Gonzaga y, posteriormente continuó en el Instituto de Enseñanza Media donde obtiene el título de bachiller. Ingresó en la Academia de Caballería en 1898 completando su formación en la prestigiosa Academia de Caballería francesa de Saumur. Con fama de educado, culto y magnífico jinete, supo estar en su sitio y mandar ejemplarmente el regimiento Alcántara en los sucesos de Annual. El teniente coronel Primo de Rivera murió en Monte Arruit a causa de las heridas ocasionadas por una granada de cañón enemiga, teniendo que amputársele el brazo derecho sin anestesia, muriendo poco después a causa de la gangrena. Durante el asedio se comportó ejemplarmente, constituyéndose en el alma de la resistencia, acreditado por numerosos testimonios sin fisura. Cobran especial relieve las declaraciones de los soldados sobrevivientes en el expediente Picasso, en relación con su jefe: sencilla y singularmente ejemplar. Savater, en uno de los pocos estudios en que analiza la genérica figura del héroe en el último medio siglo, define así a quien logra combinar la acción y la excelencia. Primo de Rivera, a diferencia del irresponsable Custer, o de los impresentables Cardigan y Lucan, indudablemente encaja en esa categoría.

Hay leves discrepancias sobre la famosa arenga de Primo de Rivera a su Regimiento, pero la que ha quedado para la historia es la siguiente:

Ha llegado el momento de sacrificarse por la Patria cumpliendo la sacratísima misión de nuestra Arma [la Caballería]. Que cada uno ocupe su puesto y cumpla con su deber.

Sin haber tenido la difusión de la equivalente de Nelson en Trafalgar: *England expects every man will do his duty*, –aunque en la inicial era Nelson, y no *England*, pero un agudo oficial le sugirió el cambio–, la frase de Primo de Rivera tiene la enorme carga afectiva de unir el cumplimiento del deber y la misión de la Caballería con el sacrificio por la Patria, tres elementos indispensables, muy propios del «espíritu jinete» para luchar con la bravura, valor y eficacia con que lo hizo el Alcántara. No es de extrañar que esta unidad tuviera tan ejemplar comportamiento.

No es de extrañar tampoco que, cuando se reconquistó el territorio muy poco después, tras la llegada de refuerzos de la legión desde Ceuta y otras unidades desde Málaga, según nos cuenta Julio Albi en la obra citada anteriormente, se encontrara «a un soldado del Alcántara muerto con su caballo y aún tenía las riendas en la mano», imagen estremecedora de hasta dónde puede llegar el cumplimiento del deber junto al compañero inseparable en una unidad montada: el caballo, animal sin el que la historia de la humanidad hubiera sido otra.

Al teniente coronel Primo de Rivera se le concedió la Cruz de San Fernando de 2ª Clase, Laureada, el 12 de noviembre de 1923 por el valor demostrado al frente de la carga que protegió la retirada de la columna de Chaif sobre Dar Dríus a Batel el 23 de julio de 1921, e impuesta en Madrid, por Alfonso XIII, dos días más tarde de su concesión.

Muchos años después, quizá debido a que las derrotas hay que olvidarlas, el 1 de octubre de 2012, se le impuso la Cruz Laureada de San Fernando Colectiva al Regimiento de Caballería Acorazado Alcántara 10, sucesor del Regimiento de «Cazadores de Alcántara, 14 de Caballería» por los heroicos hechos de Annual, concedida por el Consejo de Ministros en su reunión de 1 de junio del mismo año, con el injustificable retraso de 80 años. Ya el juez instructor del juicio contradictorio, que se instruyó para la concesión de la Laureada, firmaba su informe favorable el 8 de febrero de 1933 y lo terminaba afirmando: «en pocos casos como el presente está tan claro el derecho a tan apreciada recompensa como el del Regimiento Alcántara».

Podemos preguntarnos sin molestar a la razón, el motivo por el que la acción del Alcántara haya calado tan profundamente en nuestra memoria colectiva, y más concretamente, en el Arma de Caballería, cuando en nuestra historia ha habido otras acciones y cargas con semejante o parecido mérito y valor.

Las posibles razones pueden ser: el extraordinario valor puesto de manifiesto excediendo en mucho las bajas necesarias para el otorgamiento de la Laureada de un tercio del regimiento; que la actuación del Alcántara destaca sobremanera como unidad frente a una debacle generalizada en una de las acciones típicas de la Caballería, la protección de la retirada; y alguna que otra más. Pero, sobre todo, pudiera ser porque la acción del Alcántara, aunque exitosa hasta su exterminio, se encuentra impregnada de esa extraña combinación de gloria y de fracaso o, mejor dicho, de gloria en el fracaso que, al parecer, es consustancial con nuestro ser histórico como españoles y característico de nuestro universal *Don Quijote*.



Monumento a los Héroes del Alcántara

En efecto, en su obra *Cervantes y Quevedo*, Francisco Ayala reflexiona sobre nuestra manera de ser como españoles «Siempre que se detiene uno a meditar sobre el destino de España; siempre que el español se hace cuestión de su ser histórico y se pregunta la causa última de esa extraña combinación de fracaso y de gloria, o mejor: de gloria en el fracaso, que es –más allá de toda casualidad– el fruto fatal de todos sus pasos, vuelve a acudirle a las mentes de nuevo, una y otra vez, símbolo de la raza, fórmula y cifra del carácter de su pueblo, la creación literaria del *Quijote*.»

Aunque el objetivo de los ejércitos debe ser alcanzar la victoria por encima del sacrificio o, en su defecto, conseguir aquella a base de éste, sin embargo, nuestro carácter parece que nos tiene condenados a convivir con esa mezcla de gloria y fracaso, tan propio de nuestro ser español, siendo lo que, consciente o inconscientemente, transmitió Alfonso XIII en el acto de imposición de la laureada a título póstumo al teniente coronel Primo de Rivera, según publicó *ABC* en su día:

En Annual, no fue todo desastre,
no fue todo derrota;
lo dicen los restos laureados de D. Fernando Primo de Rivera,
el héroe de una derrota.